



DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

GABRIEL TARDE

LA MONEDA

TRADUCCIÓN ANA BELÉN BLANCO

EN REVISTA DIFERENCIA(S)

DINERO - N°5 - AÑO 4 - NOVIEMBRE 2017. ARGENTINA.

ISSN 2469-1100

PP. N° 150-183



LA MONEDA¹

GABRIEL TARDE

TRADUCCIÓN ANA BELÉN BLANCO

¹ Publicado como Capítulo VI ("La monnaie") del libro *Psychologie économique*, Paris, Félix Alcan, 1902, pp. 281-329.

Cuando la repetición funciona un cierto tiempo y produce un cierto número de cosas semejantes en un orden cualquiera de realidades, da lugar a cantidades especiales que son la síntesis de esas similitudes. Todas las cantidades físicas, calor, luz, electricidad, resultan del funcionamiento de la ondulación. La fuerza muscular de un hombre, medible con un dinamómetro, así como su fuerza nerviosa, su energía circulatoria o respiratoria, son también cantidades y el conjunto de estas cantidades orgánicas, la vitalidad, es una cantidad bastante imprecisa, es cierto, sin embargo, real, que resulta del funcionamiento de todas las regeneraciones celulares incesantes llamadas nutrición, así como de la generación, de donde ellas proceden. Y bien, la cantidad propiamente económica, nacida del funcionamiento imitativo de todos los consumos y de todas las reproducciones industriales, es el *valor-costo* encarnado en la moneda. Vamos a estudiar su naturaleza y su rol.

Ante todo, es interesante preguntarse cómo una moneda ha podido establecerse. No existe artículo de primera necesidad –ni siquiera el pan o la carne–, que sea de consumo universal. Muchos pueblos prefieren el arroz al pan; los vegetarianos no comen carne. Por cierto, los artículos de primera necesidad y los más extendidos no son deseados más que en determinados momentos, irregular o periódicamente renovados. Y, más allá de una cierta cantidad, no se los desea más. Un hombre se fastidiaría si tuviese más de dos o tres trajes completos, más de cinco o seis pares de zapatos, etc. Sólo hay una cosa que todo el mundo desea, desea en todo momento y desea en cantidades ilimitadas: es el dinero. ¿Por qué este carácter de *deseabilidad constante, universal e indefinida* le es exclusivamente propio al dinero? Porque cada uno sabe, porque cada uno está convencido² de que, siendo la moneda deseada de la forma en que lo es por todo el mundo, se procurará fácilmente, mediante ella, todo aquello de lo que se tiene necesidad. De este modo, existe un círculo vicioso: la moneda es deseada constante e indefinidamente por cada uno, puesto que cada uno sabe que todos los otros la desean constante e indefinidamente.

Ahora bien, ¿cómo ha sido posible que tal deseo constante e indefinido naciera en un individuo y luego se propagase en otros? ¿No es acaso contradictorio suponer, dado que acabamos de admitirlo, que el hecho mismo de esta propagación y el juicio que la constata eran la causa de aquel deseo en un individuo cualquiera? Observemos que este aparente carácter irresoluble con el cual el problema del origen de la moneda se presenta ante nosotros tiene su equivalente en lingüística, cuando se intenta esclarecer el origen del lenguaje; el problema de saber cómo se ha podido adoptar tal palabra para significar tal cosa tiene un aire igualmente irresoluble y por razones análogas. Pero la vida está habituada a desatar, con la mayor facilidad del

² Recordemos que la creencia escapa a la ley de la periodicidad del deseo. El carácter de continuidad ligado al valor de la moneda le viene del hecho de que ella está fundada sobre la fe más que sobre el deseo.

mundo, todos sus nudos gordianos. Basta con recordar que, en el comienzo, las sociedades se reducían a grupos muy estrechos y cerrados. Y es solamente en el marco de esta hipótesis que el establecimiento inicial de la institución monetaria se concibe. Se comprende sin esfuerzo que en los ajustados límites de un clan primitivo, donde todas las necesidades y gustos son prácticamente semejantes, el deseo elemental de poseer ciertos objetos determinados –por razones utilitarias y, más aún, por motivos estéticos– se haya generalizado rápidamente³ y, por estimulación recíproca, se haya elevado a una altura prácticamente infinita, de modo que la idea de servirse de esas cosas infinita y continuamente apreciadas por todos como medida general de valor, como medio de intercambio y como medio de acumulación de riquezas, se haya ofrecido por ella misma. Luego, las barreras de los clanes se derrumban gradualmente, sus diversas monedas entran en competencia las unas con las otras y una de ellas triunfa por selección imitativa.

Lo difícil era entonces, en el origen, en una cierta región, ponerse de acuerdo acerca de un objeto que sería deseado por todos e intercambiable por todo, la moneda nació desde que existió un objeto así. Este objeto ha sido muy diferente según las regiones. A veces era un artículo que respondía a una necesidad determinada, incluso periódica, pero un artículo durable y utilizable a la vez, “el trigo y el tabaco en las primeras colonias de los Estados Unidos, el té en la Tartaria China; las pieles en Siberia” (Jean-Baptiste Say), el ganado en la época pastoral. Otras veces, y más a menudo, era un objeto que servía de adorno, un objeto brillante e inútil que atraía las miradas todo el tiempo. Finalmente, es sobre dos o tres especies de este último género, el oro, la plata, el cobre, que se fijó y detuvo la serie de metamorfosis monetarias. Con posterioridad, se ha explicado y justificado esta elección de ciertos metales por las cualidades físicas o químicas que los distinguen. Ahora bien, sin lugar a dudas, importa que el objeto adoptado por moneda sea raro, en cantidad limitada, no extensible a voluntad, porque, sin ello, no sería necesario recurrir al intercambio para obtenerlo. Sin embargo, no son ni su rareza, menos aún su

3 Leo de la pluma de uno de los economistas más distinguidos: “Como todos los órganos generales necesarios para la vida y el progreso de las sociedades, como el lenguaje, como el intercambio, como el derecho, la moneda ha nacido de la colectividad *actuando instintivamente*, no de la invención de un hombre de genio.” Es la opinión general. – Pero si fuese así, si la moneda fuese resultado de un instinto, nosotros no veríamos más que civilizaciones o semi-civilizaciones, tales como los Aztecas o los Incas, desprovistas de verdaderas monedas, contentarse con monedas tan groseras o embrionarias que no merecerían ese nombre. No comprenderíamos que la evolución de la moneda, como la evolución de la escritura, se persigue en un único grupo de pueblos clásicos, altamente privilegiados en este punto, de los cuales el ejemplo se ha expandido por todos lados. Según investigaciones recientes, la moneda acuñada, la moneda verdadera y completa, ha nacido entre los antiguos lidios y no sería dudoso afirmar que ha nacido de la voluntad de un monarca, expresión de la idea de un inventor, de un iniciador, de un genio. A partir de allí la moneda acuñada se expande por todos lados, como la escritura alfabética, la escritura por excelencia, se ha expandido de Fenicia a todos los pueblos del mundo. La explicación de la moneda por el instinto es puesta en el mismo rango que la explicación del lenguaje por un *don divino*, consecuencia que de Bonald deducía del carácter aparentemente irresoluble del problema del origen del lenguaje.

utilidad, tampoco su belleza, suficientes para explicar su privilegio de *intercambialidad universal*. Tales caracteres no han sido más que la causa ocasional que ha concentrado en el oro, la plata y otros metales, la convicción universal y constante de que ellos son intercambiables en todo tiempo contra no importa qué artículo o servicio en el comercio. Y es porque tal concentración no ha podido operarse más que gradualmente, a la larga, siguiendo una extensa evolución monetaria, que es infinitamente difícil el afectar tal privilegio de los metales preciosos. Pero, no es más que a la larga también, atravesando etapas más o menos parecidas, que puede esperarse algún día concentrar en otro objeto –un pedazo de papel, por ejemplo, impreso de una cierta forma–, una unanimidad y una constancia de fe semejantes. Si alguna vez, entre los billetes de banco que sirven de papel moneda, de hecho o de derecho, en regiones circunscriptas, es uno, el billete de la Banca de Francia o aquel de la Banca de Inglaterra, el que alcanza a universalizarse, no será más que luego de una serie de desbordamientos sucesivos por fuera de las primeras fronteras. Mientras tanto, el descubrimiento de una mina de oro suscita siempre una *inmensa esperanza* –comparable de algún modo con la promesa del cielo cristiano o sobre todo musulmán que importa en un pueblo bárbaro–, y, de este modo, es una fuente de riquezas inaudita, una sobreexcitación extraordinaria del deseo y del esfuerzo productor.

II

Dicho esto acerca del origen de la moneda, precisemos su naturaleza y rol. Su naturaleza no es ser simplemente el único objeto universal y constantemente intercambiable, sino devenir crecientemente el único objeto intercambiable de hecho. La moneda, al nacer, acapara poco a poco y monopoliza *la intercambiabilidad*, despojando de ella a todas las demás mercancías. El intercambio de una mercancía por otra no es entonces más que un hecho excepcional, cada vez más excepcional. El hecho normal, habitual, constante es el intercambio de la moneda por una mercancía, o de una mercancía por la moneda. Según Macleod, la intercambiabilidad es un carácter *esencial* de la riqueza. Es también una de las definiciones que ofrece Stuart Mill. Desde este punto de vista, no existiría, en un país altamente civilizado, otra riqueza que la moneda (es un poco la idea general y vulgar); puesto que, poco a poco, ella se apropia del poder de intercambiarse por todas las demás mercancías, y éstas no lo son más que *por ella*. En cuanto al intercambio de una especie de moneda por otra especie de moneda, de dólares por táleros, de luis de oro por rublas o por billetes de banco, de un ecu de 5 francos por monedas divisionarias, existe una característica completamente distintiva, que no tiene nada en común más que

el nombre con el intercambio de una mercancía por la moneda, o incluso de una mercancía por otra mercancía. El intercambio de una moneda por otra moneda (de igual valor, por supuesto) es un pasaje de lo mismo a lo mismo, porque las dos cosas son idénticas en aquello que tienen de esencial, su valor. Pero el intercambio de un cuadro por un piano, o de un buey por una armadura, es el reemplazo de un tipo de utilidad por una utilidad completamente diferente, absoluta y esencialmente distinta. El intercambio de una moneda por otra puede ser comparado con una *proposición analítica*, con una tautología, en tanto que el intercambio de una moneda por una mercancía, así como el de dos mercancías entre sí, es comparable con una *proposición sintética*, para continuar empleando la terminología de Kant⁴.

Pero precisemos aún mejor la naturaleza de la moneda. ¿Acaso la moneda no es en el mundo de la acción económica aquello que la matemática es en el mundo del pensamiento? ¿No es para responder a necesidades en el fondo semejantes que sometemos al número y a la medida, al imperio de la matemática, a todas nuestras observaciones, a todas nuestras experiencias, a pesar de sus diversidades cualitativas, y que evaluamos en moneda todas nuestras alegrías y todos nuestros dolores, todos nuestros deseos y todos sus medios de satisfacerlos, a pesar de la heterogeneidad manifiesta de estas cosas?

Expresamos las cualidades universales en cantidades, en fórmulas numéricas, propiamente científicas, para volver nuestras ideas, nuestras percepciones, comparables y co-intercambiables entre sí, demostrables y comunicables de hombre a hombre, *socializables*. Y evaluamos los bienes de todo tipo, sin importar lo heterogéneos que sean, en moneda, para permitir su intercambio y su comunicación de hombre a hombre, su socialización también.

Un tema de estudios está realmente más cerca de ser considerado una verdadera ciencia cuando ha llegado a desarrollar leyes matemáticas. Se comienza siempre por la formulación de leyes *cualitativas*, seguidas de leyes *semi-cualitativas* como, por ejemplo, aquella de la oferta y la demanda, donde no se trata de la ecuación = sino < o >. “El valor *disminuye* cuando la oferta *aumenta*”, sin que se afirme que la disminución de una sea *igual* al aumento de la otra, lo que vuelve a la fórmula muy vaga o falsa si se la precisa. En fin, leyes de *ecuación*.

Asimismo, a medida que un mercado se expande, se eleva, deviene más verdaderamente social y civilizado, el intercambio de mercancías y servicios cesa de ofre-

⁴ Es solamente en la Bolsa, cuando los títulos financieros se intercambian por otros títulos financieros, que el intercambio de signos monetarios los unos por los otros adquieren un sentido realmente importante. Es que aquí, no se trata solamente, como en lo de un cambista, de trocar una moneda, una certeza de riquezas, por otra moneda, por otra certeza, sino ante todo de trocar una cierta probabilidad de ganancia o de pérdida por otra probabilidad de un grado, a menudo, muy diferente.

cerse por el trueque. Por el trueque es primero caprichoso y sin regla alguna, luego un poco más reglado y, más tarde, se opera por la compra y venta, pero a precios muy variables, objeto de negociaciones incesantes, a precios completamente individuales. Al final, por la compra y venta a precios fijos, uniformes sobre todo un gran territorio.

Al matematizarse, las leyes de una ciencia en progreso devienen más claras, más prácticas, más propicias para aplicarse a un gran número de problemas y expandirse en un mayor número de espíritus. Puesto que la *ciencia* es, ante todo, el *conocimiento socializado e indefinidamente socializable*; ésta debería ser su definición esencial. Y, *al monetizarse*, las cosas intercambiables se intercambian más fácilmente, más rápidamente y mucho más lejos. La monetización del intercambio es la condición *sine qua non* del *comercio*. El comercio es la acción económica cada vez más socializada, como la ciencia es el pensamiento cada vez más socializado. (*La ciencia en proceso de construcción responde a la industria; la ciencia realizada y, luego, vulgarizada, responde al comercio*).

Sin duda, un Robinson de genio, nacido en una isla desierta y desarrollándose intelectualmente completamente solo, original autodidacta, podría observar las similitudes y repeticiones de los fenómenos, sus relaciones de *crecimiento* y *disminución*, también de *igualdad*, pero el *costado numérico* de las cosas no lo conmoviera más que débilmente, infinitamente menos que aquel *costado ondulante* y diverso de sus variaciones incesantes. Si el instinto de progreso intelectual, por azar, lo atormentaba, era para diversificar cada vez más sus sensaciones y sus percepciones, para acumularlas en él con sus divergencias propias, con las que se vincularía, y no para uniformizarlas, reduciéndolas a ideas generales. Si el espíritu humano ha orientado su necesidad investigativa en la vía de las generalizaciones, de las similitudes y repeticiones fenomenales expresadas en *signos*, en *palabras*, es porque éste se ha visto forzado a entrar en comunicación con sus semejantes. Pero, *para comprenderse a sí mismo cada vez mejor*, él no hubiese tenido nunca la necesidad del lenguaje. Si su desarrollo intelectual se hubiera mantenido exclusivamente individual, podría, en rigor, haber llegado más lejos, pero con la condición de ligarse ante todo a las variaciones y diversidades cualitativas de los fenómenos, al *costado poético de las cosas*. Librado a su suerte, sin las excitaciones de la sociedad ambiente, el cerebro del individuo es capaz de desarrollarse poéticamente; pero, científicamente, jamás. Puede que existan poetas escondidos en ciertos animales de genio. Pero, sin lugar a dudas, no existe ningún sabio.

Aislado, el individuo nunca hubiese inventado algo que se asemeje a la moneda. Esto es muy claro. Pero no hubiese tenido tampoco la idea, probablemente, de comparar sus diversos deseos –de los cuales ya sólo la diversidad lo hubiese im-

pactado— para reconocer su comparabilidad real, sus grados de *crecimiento* o de *disminución*. No es que no exista un sentido completamente individual de *valor*. Pero este sentido no se desarrolla más que una vez que el *valor social*, el valor propiamente dicho, ha sido concebido.

El imperio de la matemática se extiende sin cesar cada vez más lejos en el mundo de las ideas, como aquel de la moneda en el mundo de la acción. Después de haber invadido toda la astronomía, toda la física, toda la química, el *punto de vista matemático* se apodera de la biología, donde los instrumentos de medida juegan un rol cada vez más importante, procurando conquistar la psicología y comenzando a anexarse a la sociología a través de la estadística demográfica, comercial, judicial, etc.

El *punto de vista pecuniario*, después de haber regido toda la actividad industrial, se impone en política exterior, donde el dinero es el nervio de la guerra⁵, la nación más rica es la más respetada; y, en política interior, también deviene soberano, por la corrupción de la Prensa, por las negociaciones de los partidos. No hay prácticamente nada, en materia de *bienes* de todo tipo, estéticos, incluso religiosos, que no se compren y vendan: misas, redención de pecados, exención de jóvenes, lecciones de artistas, iba a decir talento.

La evolución matemática pasa de la aritmética al álgebra, de la teoría de los números a la de las funciones. La evolución monetaria pasa de la moneda metálica a la moneda de papel (de alguna forma signo *algebraico* de la moneda) y del comercio de mercancías (donde una cantidad de moneda es trocada por un artículo o un servicio) al comercio de valores de la Bolsa (donde los títulos financieros se intercambian unos por otros). En la Bolsa, los *valores*, relaciones entre una suma de dinero y un objeto, son *evaluados* los unos en relación con los otros. Es una relación de segundo grado. Por la cotización, se presentan como funciones los unos de los otros, creciendo o bajando en conjunto siguiendo ciertas leyes.

No es menos cierto que no todo es venal, y que, *por la misma razón*, no todo es medible y numerable. Existen cosas únicas, esencialmente incomparables; existen bienes completamente personales, incommunicables, inapreciables.

Ya sea por la sugestión autoritaria, ya sea por la demostración, no podemos comunicar a otro nuestros pensamientos (aquello que es el equivalente del *don* de los bienes, comienzo unilateral del *intercambio* de bienes) más que a condición de presentarlos por su costado conmensurable y cuantitativo. Si se trata de hacer entrar a la fuerza, por demostración, nuestro juicio en la cabeza de otro, hace falta un silogismo más o menos explícito; es decir, una relación de especie a género o

5 Nota de Trad.: Tarde hace referencia aquí a la frase atribuida a Cicerón “El dinero es el nervio de la historia” [“belli nervus pecunia”].

de género a especie establecida entre dos ideas, lo que significa que una está *incluida* en la otra, *forma parte* (indeterminada o determinada, pero real) de las cosas *similares*, y percibidas en tanto que similares, que la otra, la proposición *general*, abraza y contiene.

Por sugestión autoritaria incluso, no se puede transvasar la propia idea en la cabeza de otro, más que cuando ella está hecha de elementos semejantes a los elementos de las ideas contenidos en ese cerebro ajeno, y esta similitud no puede aparecer más que por el *lenguaje* que está compuesto de *ideas generales*, de cosas vistas por su costado similar y numerable. Para ser comunicable, un pensamiento debe ser, si no demostrable, al menos expresable; en ambos casos, compuesto de elementos comparables y cuantificables. La moneda, es decir una común medida de bienes heterogéneos, es la condición devenida necesaria para un conveniente intercambio de bienes, en lugar de su donación o de su robo. Por cierto, evaluamos involuntariamente, irresistiblemente, los objetos donados cuando los recibimos, así como los objetos que robamos o nos roban.

III

La moneda, siendo la común medida de los valores-utilidad, sirve para medir las creencias, así como los deseos, puesto que la utilidad es una combinación de deseo y de creencia encarnada en un objeto. Preguntémonos ahora ¿por qué no sirve de medio de intercambio para los valores-verdad, lo mismo que para los valores propiamente dichos, para los valores-utilidad? Vale la pena plantear este problema. Primero, señalemos que la *verdad* no es más que una combinación de deseo y de creencia, no es más que la *credibilidad* de una idea. En efecto, mientras que el conocimiento puede ser visto como la satisfacción del deseo de conocer, y, desde este punto de vista, es también una utilidad –e incluso una utilidad particularmente elevada puesto que satisface una curiosidad muy fuerte–, no es menos cierto que el conocimiento se presenta también bajo otro aspecto, independientemente de la curiosidad a la que corresponde, y en relación solamente *con la fuerza de adhesión mental que suscita y con el número de individuos entre los cuales la suscita*. Esta abstracción del deseo, que es posible para los conocimientos, no lo es para las mercancías ni para los servicios. Entonces, en aquello que concierne a estos últimos objetos, su consumo destructivo, que supone el intercambio y la apropiación exclusiva, es la condición misma de la satisfacción del deseo al que ellos corresponden. Pero los conocimientos no tienen necesidad de ser propiedad exclusiva de alguien para satisfacer el deseo de saber. No es pues esencial que sean objetos

de intercambio para que se comuniquen, pueden serlo, por excepción, en el caso de secretos celosamente guardados y que no se comunican más que mediante la comunicación de otros secretos. Se puede entonces, cuando se trata de conocimientos diversos, contradictorios o de acuerdo entre sí, en proceso de expansión conjunta en un medio social, considerar el resultado del choque o de la alianza de las creencias que les son inherentes sin considerar al mismo tiempo el choque o la alianza de los deseos de conocer que ellos satisfacen. Nunca hay que sacrificar un deseo de conocer por otro deseo de conocer, no hay que sacrificar, más que en ciertos casos, una creencia por otra creencia que implica contradicción con la primera. Pero, cuando se trata de diversas mercancías en proceso de expansión en el público, ya no es lo mismo. El éxito de unas supone el triunfo del deseo satisfecho por ellas sobre el deseo sacrificado al que las otras dan satisfacción; al mismo tiempo que la confianza en la buena calidad y en la superioridad de las primeras, es una desmentida implícita opuesta a la confianza en la superioridad de las segundas.

Supongamos una sociedad donde cada conocimiento estuviese ligado esencialmente a la posesión de un talismán, de un libro milagroso que lo contuviera, de forma que no se lo podría poseer sin adquirir tal libro, y que, al dar ese libro a otro uno le diera también ese conocimiento, del cual se despojaría en el instante mismo. En esta hipótesis, no se podría adquirir un nuevo conocimiento más que sacrificando uno antiguo, a pesar de que los dos no fuesen en absoluto contradictorios. Los conocimientos serían entonces objeto de comercio, al igual que cualquier otro producto. Existiría un valor venal, expresable en moneda, de los diversos conocimientos, una Bolsa de los valores-verdad.

¿Por qué esta hipótesis no puede ser en rigor realizable? En definitiva, porque ella implica la inexistencia de una función esencial de nuestro espíritu: la memoria. Todo pensamiento, todo conocimiento, consiste en sensaciones rememoradas. Una sensación no es más que una fotografía de la cual la vida intelectual es el perpetuo positivado. Se comprende que nuestras sensaciones, nuestras percepciones, para producirse, exigen la apropiación y la destrucción, lenta o rápida, de una sustancia o de una fuerza exterior, puesto que ellas son una relación de nuestro espíritu con las realidades externas. Pero nuestros pensamientos, empleo cerebral las múltiples copias interiores de nuestras sensaciones antiguas, no estarían bajo una dependencia análoga o tan estrecha. Cuando un monarca oriental, un día de gran fiesta, repartió limosnas alrededor suyo, hizo llover vestimentas, alimentos, monedas, no pudo hacerlo sin despojarse de ello, no importa lo rico que fuese. Pero, cuando un Claude Bernard o un Pasteur propaga entre su auditorio las verdades que ha descubierto o que ha recibido de sus maestros, no se despoja de nada, sus dones intelectuales no lo empobrecen en absoluto. Para que ocurriese de otro modo, sería necesario que él olvidase sus ideas a medida que las expresa. ¿Qué ocurrió entonces? La consecu-

ción de aquello que se estaba produciendo cuando sus verdades se le aparecieron. Del mismo modo que ellas nacen del encuentro de recuerdos, de imágenes, de sensaciones antiguas reproducidas millones de veces dentro de sí mismo, paralelamente, gracias a su discurso, ellas se repiten fuera en numerosos ejemplares en los cerebros de sus alumnos, y esta repetición exterior puede ser considerada como la continuación social de las reproducciones internas que la precedieron. La imitación, memoria social, es siempre la continuación exterior de la memoria, imitación interna.

En cierta medida, en una medida variable –cuyas variaciones merecerían examen–, las condiciones de la hipótesis parecen realizarse. Primero, los conocimientos no son más que repeticiones combinadas de sensaciones, de percepciones, es cierto que hace falta, ante todo, haber, al menos, experimentado las sensaciones elementales para que los conocimientos derivados de su repetición y de su combinación interna sean posibles. Las observaciones directas, las experiencias de laboratorio u otras, fundamentos de la ciencia, deben ser adquiridas, como otras satisfacciones de los sentidos producidas por la industria. Suponen consumos y destrucciones de sustancias o de fuerzas, viajes, compras de aparatos y materiales. En segundo lugar, la combinación de los recuerdos de estas sensaciones elementales, una vez que ella ha tenido lugar en el espíritu del inventor, se materializa en un libro, una conferencia, con el fin de expandirse, y sólo aquellos que han podido adquirir el libro o asistir a la conferencia adquieren estas nuevas verdades. Si bien el conferencista no se despoja de nada al dar sus verdades al auditorio, sus oyentes, cuando han pagado el derecho de escucharlo, se ven privados de otros placeres para obtener aquel.

Toda enseñanza, sobre todo en el pasado, es en el comienzo más o menos hermética, *esotérica*, y cuanto más lo es, más se acerca a las condiciones de la hipótesis planteada. En los siglos místicos de la edad media, la ciencia parecía ligada a la posesión de un manuscrito. El estudio de la jurisprudencia, como aquel de la teología, era una cosa de cabalística, una magnetización por contacto, restringida a un pequeño grupo de elegidos. Entre la comunicación de los *conocimientos* de hombre a hombre, y la transmisión de *riquezas* de hombre a hombre, hay muchas menos diferencias en la Edad Media que en el presente, y en los tiempos de la Grecia primitiva que en el siglo de Jenofonte⁶. La evolución social parece haber marchado en el sentido de una acentuación cada vez más marcada de esta diferencia.

Sin embargo, a decir verdad, la comunicación de los pensamientos ha diferido siempre esencialmente de aquella de las riquezas. Incluso cuando un salvaje no revela su receta secreta de veneno o de equipo militar a otro salvaje más que mediante la revelación por éste de otro secreto, el intercambio no se asemeja en nada al

⁶ Los iniciados en las ideas de Pitágoras formaban un grupo tan cerrado como los iniciados en los misterios de Eleusis.

intercambio que ellos hacen de sus armas o de sus herramientas. Puesto que cada uno de ellos se despoja entonces de su arma o de su herramienta intercambiándola por otra, mientras que no olvida su secreto al aprender aquel del otro.

En suma, esto significa que las condiciones de la transmisión social de las *sensaciones* no son las mismas que aquellas de la transmisión social de los *pensamientos*. No se puede, por la palabra y por el ejemplo –salvo en el caso de la sugestión hipnótica–, suscitar en el otro una sensación de gusto dulce o de cálida tibieza más que si se experimenta la ingesta de tal fruta o se porta tal piel. Para comunicarle a uno de los semejantes este goce hace falta procurarle un poco del azúcar que estamos comiendo o una vestimenta parecida a aquella que estamos portando. Empero, por la simple palabra, suscitamos en él pensamientos completamente similares a aquellos que poseemos. Si entonces estos pensamientos responden en él a una curiosidad tan viva, tan viva como la codicia o la sensualidad del hombre inculto, una simple palabra le habrá valido goces gratuitos, tan intensos como los placeres materiales más costosos.

En consecuencia, los deseos espirituales se nos ofrecen como el gran, el inmenso mercado de la actividad humana del futuro y el progreso tiende a la creciente superioridad de su desarrollo sobre aquel de los deseos físicos. Busquemos los deseos cuya satisfacción sea tan fácil de expandirse, de generalizarse, como aquellos. No encontraríamos más que el deseo de conocer. Es tanto más fácil, lo vemos a menudo, expandir conocimientos entre los estudiantes, incluso los adultos, que hacer nacer en ellos el gusto de poseerlos. Por el contrario, el deseo de ejercer tal o cual oficio se expande fácilmente por el ejemplo del prójimo, pero no es tan fácil suministrar trabajo de este tipo a todos aquellos que lo demandan. El deseo de consumir se propaga aún más fácilmente que aquel de producir, pero la dificultad es poder multiplicar los medios de consumo con tanta rapidez. Esta inequidad entre la velocidad de difusión de casi todos los deseos y aquella de los objetos que le corresponden, crea acuciosos y, en apariencia, irresolubles problemas. Afortunadamente, del choque de apetitos y deseos que batallan entre sí en la lucha económica, emerge poco a poco, estimulado incesantemente por sus propias satisfacciones, el deseo profundo, escondido bajo todos los demás deseos (bajo una mayoría incluso de deseos materiales, en el fondo todos reductibles a las ansias de nuevas experiencias de control, seguridad, certeza), de la curiosidad, pasión final en la que confluyen y se reconcilian todos los demás, ella los resume haciéndolos acordar. Allí radica la salud, sino póstuma sí ulterior, donde todas las antinomias económicas se resuelven, tanto como ellas puedan ser resueltas, en el dominio inmensamente extendido de las dichas del arte, del pensamiento y del amor, tan gratuitos e indivisos como infinitos. Colectivismo ideal que libraré del colectivismo brutal, probablemente imposible. Me

ha parecido importante incluir esta consideración aquí para marcar la subordinación de la actividad económica a la actividad intelectual, única capaz, no sólo de dar la solución teórica, sino de resolver prácticamente los graves problemas que ella instala.

IV

Volvamos a la moneda. Intentando más arriba definirla, hemos definido a la economía política. La moneda es la noción económica por excelencia. El economista es, ante todo, un financista. Tan lejos va el dominio de las finanzas, de la compra y la venta, hasta allí, pero no más allá, va la ciencia económica. Ella se detiene en el umbral del mundo intelectual. Unas después de las otras, todas las riquezas, incluso las que parecen más incomparables entre sí, devienen cada vez más evaluables en moneda, la común medida de las cosas más heterogéneas; pero, cada vez menos, los conocimientos, las verdades, se prestan a esta forma de evaluación. Todo aquello que se vincula a la producción y al consumo *in situ*, que se operan en las familias y tribus cercanas de las primeras sociedades, escapa al economista; las únicas relaciones de intercambio entre familias, entre tribus, en las que la moneda aparece, comienzan a implicarlo. La civilización tiene por efecto hacer entrar sucesivamente en el comercio, es decir en el campo de estudios del economista, una gran cantidad de cosas que antes permanecían sin precio, sin derechos y sin poderes incluso. Así la teoría de las riquezas se ha extendido sin pausa a la teoría de los derechos y a la teoría de los poderes, a la jurisprudencia y a la política. Pero, por el contrario, la gratuidad siempre creciente de los conocimientos libremente expandidos, aumenta la frontera entre la teoría de las riquezas y aquella que podría llamarse la teoría de las luces. Ciencia aún innominada que consistiría en la formulación de leyes del descubrimiento y de la vulgarización de las verdades (reales o imaginarias), de la formación y transformación de las lenguas, las religiones y las ciencias, así como de su propagación de clase en clase, de pueblo en pueblo, tanto de sus luchas como de sus acuerdos, un poco como la economía política busca las leyes de la creación y la vulgarización de las riquezas, sus concurrencias y sus concursos. Llamemos *lógica social* a esta teoría de las luces y la veremos oponerse muy notablemente a la *teleología social* de la cual la economía política es la expresión más extendida y más perfecta que existe hasta al momento.

Ella debe esta perfección relativa precisamente a la posesión de una cantidad especial, la moneda, que le da un sello singular de precisión. Pero, como se advierte, ella sólo presenta este beneficio de forma a costa de la inferioridad de su contenido. Es porque las riquezas no presentan el privilegio eminente de los conocimientos, poder adquirirse sin ningún sacrificio, que existe la moneda; y es porque los co-

nocimientos tienen ese privilegio de su libre difusión que no hay lugar para ningún equivalente. No obstante, no es menos cierto que todos los conocimientos, tan disímiles como puedan ser, son comparables bajo una cierta relación, como todas las riquezas; a saber: por el grado de creencia al que se vinculan. Y si, teniendo en cuenta a la vez la intensidad media de esta creencia y el número de individuos que la comparten, se midiera por el *producto* de estos dos datos la *cantidad de verdad* que es propia de cada idea expandida en el público, podría trazarse un *inventario de las luces* de una nación, al igual que – pero mucho más fácilmente – el inventario de sus riquezas. Se podría también, de esta manera tan simple, medir la *verdad social* de las ideas, siguiendo las variaciones históricas de la verdad de los diversos conocimientos y buscando el sentido general de estas variaciones. Solamente, falta un metro objetivo para este valor-verdad, las nociones así obtenidas no serían ya sorprendentes para el espíritu, a pesar de su importancia capital.

La moneda es el metro objetivo de los valores, pero más objetivo en apariencia que en realidad. Si se lo mira de cerca, se advierte sin dificultad que toda *sustancia monetaria*, por así decirlo, los metales preciosos, es subjetiva, consiste, ante todo, en una creencia general, en un acto de fe universal en ellos y que la teoría clásica de la moneda-mercancía es errónea. Si ella fuese cierta, el oro y la plata deberían perder su valor monetario en un país cuando comienzan a sobreabundar y, como consecuencia de su depreciación, los precios de todas las cosas deberían comenzar a aumentar en la proporción en la que aumenta su cantidad. Por ejemplo, en todos los países donde circula la plata, donde la plata, desmonetizada, fluye, todos los precios deberían elevarse tan rápido como en nuestros días. Pero, de hecho, nada parecido ocurre. “Se hizo la luz, dice Mongin⁷, las investigaciones se han multiplicado, los agentes consulares han completado sus formularios y todos los relatos concuerdan sobre este punto: la masa de precios se mantiene estacionaria. El habitante del Lejano Oriente continúa recibiendo el mismo peso de plata por su jornada de trabajo, por sus porcelanas, sus incrustaciones y sus productos agrícolas.” Otra observación, más instructiva aún. Después de un cuarto de siglo, un gran número de artículos fabricados presentan una gradual baja de precio, y “esta baja de precios coincidió con una producción de metales preciosos de una extraordinaria potencia, una economía que se destaca por sus gastos de explotación, el mayor empleo de medios de crédito, los elementos más propicios para depreciar la moneda metálica. ¡Todas las condiciones monetarias parecían estar reunidas para generar una suba general de precios y es la baja la que ocurre!” Aún otro comentario, más penetrante. Según la teoría clásica, es cuestión “de una relación entre las cantidades de moneda y las cantidades de mercancías. Pero ¿cuáles son esas cantidades de moneda? ¿Aque-

7 *Revue d'économie politique*. Febrero 1897.

llas que existen en el mundo entero o aquellas que existen en cada nación considerada aisladamente? Habría que elegir, y sin embargo, los razonamientos oscilan entre uno y otro, según las necesidades de la tesis particular que se pretenda establecer”⁸.

De todo ello, el mencionado autor concluye que conviene rectificar la teoría clásica para hacer jugar un rol preponderante al imperio de la costumbre, el cual se explicaría, según él, por una suerte de esfuerzo universal a fin de obtener la firmeza de la unidad de cuenta, y, luego, mantener el valor nominal de las monedas donde se encarna esta medida general de los valores (hasta el momento, al menos, en el que o bien por su afluente o bien por la rarefacción de metales preciosos se alcanza un punto en el que es imposible sostener por más tiempo esta ficción). La explicación de Mongin me parece verdadera pero insuficiente. Existe allí otra cosa que la costumbre. Si las variaciones del stock monetario, incluso considerables, incluso conocidas por todos, no repercuten –al menos por un tiempo– en los precios, es porque cada uno, al resguardar una moneda, sabe que no la guardará por mucho tiempo en su bolsillo para que su depreciación sea sensiblemente aumentada, para que su poder de compra se vea sensiblemente disminuido al momento en que volverá a ponerla en circulación. Esta disminución del poder de compra de la moneda en el intervalo en que pasa por el bolsillo de cada consumidor es una cantidad infinitesimal que no se tiene en cuenta y que, en consecuencia, jamás llega a *integrarse*, hasta el momento en el que la desproporción entre el valor nominal y el valor de la moneda explota de repente ante nuestros ojos, momento en el en el que un *Crack* se produce.

En efecto, pasado un tiempo, la superproducción de oro o de plata se hace sentir en los precios que ella eleva, pero que eleva siempre por debajo de la cantidad de oro o de plata que se ha visto incrementada. De 1492 a 1600, en 108 años, después del descubrimiento de América, la cantidad de oro y plata en circulación en el continente europeo se había *multiplicado por diez*, según las estimaciones más serias. No obstante, los precios no llegaron ni a *quintuplicarse* (no aumentaron más que un 470 % aproximadamente), lo cual es mucho desde el punto de vista de las transformaciones sociales suscitadas (ruina para unos, rápido enriquecimiento de otros), pero resulta sensiblemente inferior a lo que la aplicación de la ley de la oferta y la demanda hubiese exigido. Otro ejemplo. De 1851 a 1870, hubo un enorme afluente de metales preciosos en el mercado europeo, la cantidad de oro y de plata antes existente fue duplicada. ¿Qué efectos tuvo sobre los precios tal prodigioso crecimiento? Es un problema muy debatido. Paul Leroy-Beaulieu, luego de haber discutido largamente, concluyó que, aunque aumentada al doble en aquel intervalo, la masa de oro y de plata circulante no había sido depreciada más que un 15 a 20 %⁹.

8 Véase p. 150.

9 *Traité d'économie politique*, t. III, p. 208.

Todos estos hechos resultan inexplicables si no se considera aquello que es puramente subjetivo, psicológico, en la naturaleza de la moneda. El efecto directo del descubrimiento de una mina de oro o de plata, y lo más importante a considerar, no es la depreciación monetaria que la continua y, en consecuencia, la suba de los precios, sino la sobreexcitación de la actividad por la sobreexcitación de las esperanzas; fenómeno que, conforme a la ley general de la propagación de los ejemplos, se produce en principio en las partes más densas, las más ocupadas, las mejores informadas de la población, en los medios urbanos, y de allí se expande poco a poco hasta los campos. Los historiadores no dudan en incluir entre las principales causas de la grandeza de Atenas la explotación de las minas de plata de Laurión, que representaban una riqueza excepcional para la época clásica. Se llegó a decir, con cierta exageración, es cierto: “Sin Laurión, fin de la marina ateniense; sin marina ateniense, fin de la batalla de Salamina; sin la batalla de Salamina, fin del siglo de Pericles.” (Theodore Reinach). Si esto es así, un descubrimiento, tal vez accidental, el descubrimiento de aquella mina, ha *cambiado el rumbo* de toda la historia antigua y moderna en la vía en la cual se desarrolla desde entonces.

V

Detengámonos a considerar nuevamente las características distintivas de la moneda y las transformaciones económicas operadas por su llegada. Por ella, la economía política presenta un aire de *física social* que ha seducido y engañado, no sin pretextos, a los primeros sociólogos. La moneda tiene ese carácter común con la *fuerza*, noción esencial de la física, de ser una posibilidad, una virtualidad infinita. La fuerza es la posibilidad de una cierta cantidad de movimiento en una infinidad de direcciones; la moneda es la posibilidad de una cierta cantidad de valor obtenido por una infinidad de compras. Es notable que la evolución económica conduce inevitablemente del intercambio en especie a la compra y venta, de los bienes concretos a los valores monetarios; es decir, de realidades puras y simples a virtualidades realizables, de la energía actual a la energía potencial¹⁰.

Existe una analogía entre ciertos problemas fundamentales que entraña la moneda y ciertas dificultades no menos fundamentales que entraña la mecánica. Toda alza

10 Con un poco de imaginación metafísica, ¿no podríamos acaso preguntarnos, a este respecto, si esta necesidad evolutiva no precipitaría algún día en la génesis de la fuerza física? Como sabemos, existió una fase pre-monetaria ¿no hubo, en un pasado insondable para el físico, una fase física pre-dinámica en la que no existían aún fuerzas, virtualidades realizables de mil maneras diferentes, esos grandes agentes naturales, sino simplemente conmociones e impulsos, movimientos recibidos o transmitidos? Realmente no podemos tener ninguna idea neta de la energía potencial, si no es suponiendo que ella capitaliza y representa la energía cinética, como la plata es el signo de la concentración de la riqueza.

de los precios, por ejemplo, puede explicarse ya sea por una suba del valor de los objetos cuyo precio cuesta mucho más en moneda, ya sea por una disminución del valor de la moneda. Misma alternativa en mecánica relativa al movimiento aparente de un cuerpo: éste puede explicarse ya sea por su movimiento real, estando los cuerpos próximos inmovilizados, ya sea por el movimiento de éstos en sentido inverso. Una cuestión similar no podría plantearse en otros ámbitos; en biología y en sociología: uno no se preguntaría si el envejecimiento de un individuo tiende al rejuvenecimiento de individuos vecinos o si el desarrollo de un arte, de una ciencia, de una institución, tiende a la atrofia de las otras artes, de las otras ciencias, de las otras instituciones. Por el simple hecho de que, a raíz de estos *cambios* y de otros tantos otros, no puede plantearse el dilema que comportan los *movimientos* mecánicos y también las variaciones de valores, que bastan para mostrar que esos cambios presentan una realidad más cierta, seguramente menos subjetiva, que esos movimientos y esas variaciones.

Siguiendo a los físicos, los fenómenos físicos serían una conversión continua de energía virtual en energía actual y *viceversa*. Del mismo modo, la vida económica es un perpetuo intercambio de la moneda por la riqueza concreta, y de la riqueza concreta por la moneda. El dinero tiene eso de particular, es una virtualidad que se intercambia, sin trabajo alguno, por no importa qué tipo de realidad venal. Multiplicar las virtualidades de este orden, con un crecimiento de la cantidad absoluta y de la cantidad proporcional, es el signo de una sociedad que se enriquece. Existen tres grandes categorías de virtualidades que son las fuerzas sociales por excelencia, y cuyo crecimiento simultáneo sirve de medida para el progreso social: el Poder, el Derecho y el Dinero. Son los tres principales medios de acción sobre los hombres. El derecho y el poder actúan sobre otro por temor, puesto que ellos tienen a su disposición la fuerza material encarnada en el ejército y en la policía, y cuya simple amenaza basta, o la aparición de una vaga idea, para garantizarles obediencia y respeto; la riqueza actúa por la *esperanza*, por el deseo y la confianza que ella inspira. Pero esto no es cierto para la riqueza en especie que implica a un número muy pequeño de individuos determinados que codician precisamente los objetos que poseemos. Sólo la moneda atañe a todo el mundo, y en un radio mucho más extendido que aquel del derecho y del poder. El derecho y el poder presentan una acción circunscripta a los límites de un territorio más o menos estrecho, común, provincia, nación. Mientras que la moneda extiende su campo de acción muy lejos de las fronteras de un Estado, a toda la tierra civilizada. De allí ese carácter internacional de las sociedades fundadas sobre la riqueza monetaria.

Otra diferencia que existe entre la moneda, por una parte, y el derecho y el poder por la otra, es, a primera vista, mucho menos ventajosa para la primera. La riqueza

monetaria u otra, se gasta con su utilización; mientras que, haciendo uso del poder o del derecho, no se agota ni uno ni otro. E, incluso, si aquello es a veces menos cierto con respecto al poder que en relación al derecho, si se ve a la autoridad de un hombre político agotarse en el ejercicio, se ve, en cambio, a menudo, a esta autoridad fortificarse y crecer por su ejercicio mismo, como un derecho se arraiga por su sola duración. Pero esta diferencia no refiere más que a pequeños empleos inferiores de la moneda, a las compras; ella resulta inaplicable para las inversiones superiores, siempre más numerosas, de la riqueza monetaria, para el préstamo y el crédito. El crédito ha permitido a la riqueza monetaria no solamente utilizarse sin gastarse, sino incluso aumentar indefinidamente, gracias al interés del dinero, por el uso que de él se hace. Volveremos sobre el tema del interés del dinero más adelante.

VI

En las sociedades primitivas, hay poco de dinero. A falta de moneda, se está obligado a pagar en especie los servicios, lo que resulta una satisfacción momentánea y pasajera de aquello que se desea alcanzar, salvo cuando lo que se ofrecen son *tierras*. Las tierras son virtualidades también, pero virtualidades que no son intercambiables, en la ausencia de moneda, más que por otras virtualidades semejantes, y que no son convertibles más que mediante el trabajo en un número limitado de realidades definidas: los cultivos. La tierra es una posibilidad de placeres que, a diferencia del dinero, no se actualiza jamás sin trabajo, no se actualiza más que en un cierto lugar y no en todo, y está encerrada en un círculo muy estrecho de realizaciones precisas. De estas diferencias resultan ciertas instituciones que se imponen en tiempos en los que la remuneración de grandes servicios no puede efectuarse más que en tierras¹¹.

Primero, la remuneración no sería más que ilusoria si el beneficiario de las tierras no tuviese los medios para hacerlas cultivar, si debiese trabajarlas él mismo. Entonces, este tipo de pago implica la institución de la esclavitud o de la servidumbre. Además, supone una gran simplicidad de necesidades y de gustos y el amor por una vida

11 Heeren, en *Ensayo sobre la influencia de las cruzadas* (1808), explica así el origen del *sistema feudal*, accidentalmente. "Este sistema en el fondo, y tomado en todo su rigor, es puramente militar. Se establecerá siempre que alguna cosa análoga ocurra entre los pueblos guerreros y que carecen de dinero para pagar a sus soldados. En lugar de pagarles un salario, se les da a ellos tierras y, recíprocamente, ellos se enlistan, mediante estos fondos, al servicio militar." En una nota: "Esto todavía ocurre en parte hoy (1808) en la organización de Egipto bajo los mamelucos".

Nota de Trad: Referencia al libro del historiador alemán Arnold Hermann Ludwig Heeren (1760-1842) *Versuch einer Entwicklung der Folgen der Kreuzzüge für Europa*, publicado en Göttingen en 1808, premiado por el Instituto de Francia y traducido al francés con el título *Essai sur l'influence des croisades*.

sedentaria. En fin, mientras que un rey bárbaro no tiene otro tesoro de guerra, otras fuentes cuasi financieras para pagar a sus capitanes o a sus oficiales más que las tierras conquistadas, este tesoro se agota rápidamente. Para renovarlo cada tanto, hace falta emprender nuevas guerras, admitiendo el derecho –y no podría no admitirlo– la expropiación de los vencidos. Expropiarlos es como, en el presente, exigir de ellos una indemnización en dinero. E, incluso en tiempos de paz, conviene que, por diversos procedimientos, el tesoro real, es decir el dominio real, se expanda a través de métodos intermitentes: la *secularización* de bienes monásticos, o bien la *confiscación* de tierras aparentemente confinadas a sus familias. Esta odiosa forma de penalidad se explica, aunque no justifica, de esta manera. No nos jactamos de haberla abolido: dado que la necesidad que la hizo establecerse no ha dejado aún de existir. Pero, una expropiación en masa, que podía justificarse en cierta medida en tiempos bárbaros, sería monstruosa en nuestra época en la que, si hay aún tierra libre, no hay ya necesidad de ella para remunerar los servicios, puesto que se cuenta con el dinero, la moneda metálica o fiduciaria, en fuentes inagotables.

La comparación de la tierra con el dinero, desde el punto de vista de su rol económico, es digna de atención. Veremos más adelante que el préstamo con interés se explica, ante todo, a partir del arrendamiento o por el contrato de aparcería pecuaria. Ocurrió con el dinero aquello que ocurre con toda nueva invención que, por el simple hecho de que ella sustituye a otra, la libra; las primeras hachas de bronce recuerdan a las hachas de sílex; las primeras casas de piedra han tomado la forma de las casas de madera que vinieron a reemplazar. Incluso, el dinero que, poco a poco, ha ido tomando el lugar de la tierra en las codicias y ambiciones humanas, fue modelado sobre ella, quiso ser fructífera como aquella. Pero la verdad es que difiere profundamente de la tierra y que en tiempos en los que el dinero da el tono, sucediendo a aquellos en los que reinaba la tierra, la ha enterrado sin ruido y para siempre.

Estas diferencias son importantes, desde el punto de vista ya sea de la manera en la que nuevas tierras o nuevas cantidades de oro y de plata o de papel moneda vienen a agregarse a aquellas ya existentes, ya sea de la manera en la que estas tierras o estas monedas se distribuyen entre los miembros de una población dada.

En primer lugar, es raramente por la ocupación de una tierra virgen y más frecuentemente por la conquista violenta de una tierra ya ocupada, que el territorio de un pueblo se expande, su territorio continental o su territorio colonial. Incluso cuando, en el comienzo de estas expansiones, existe un descubrimiento, el descubrimiento de una isla o de un continente, no alcanza con descubrirlo, hay también que conquistarlo. Pero, cuando la cantidad de oro o de plata para distribuir entre los hombres en relaciones de comercio recíprocas aumenta considerablemente, es siempre a causa de un descubrimiento, descubrimiento de una mina de oro o de plata,

que previamente era *res nullius*. Por cierto, los descubrimientos de este tipo se distinguen de otros y merecen la atención del economista. Primero, son puramente fortuitos; los descubrimientos geográficos están muy lejos de serlo en el mismo grado, puesto que el cálculo y el razonamiento juegan en ellos un importante papel. Sin embargo, a pesar de su carácter notablemente accidental, los descubrimientos de metales preciosos (incluyendo aquellos de tesoros antiguos escondidos) tienen efectos profundos y prolongados, como hemos visto en relación con las minas de Atenas. Cuando se descubren vetas de caolín o canteras de cemento, o incluso minas de hierro, estas materias primas están destinadas a destruirse más o menos rápidamente por el uso que se hace de ellas. Las porcelanas se quiebran, el cemento o la cal no sirven dos veces, el hierro se oxida, o bien, una vez empleado, no sirve para otros usos sino es mediante una pérdida de sustancia. Por el contrario, el oro y la plata descubiertos se conservan prácticamente inalterables, a penas disminuidos por el desgaste. Cualquier otra riqueza que no sea la moneda no es intercambiable más que accesoriamente, es esencialmente consumible. Pero la moneda es esencialmente inconsumible, esencialmente intercambiable. ¿Cómo puede decirse que una riqueza que se intercambia siempre sin consumirse jamás es una mercancía como cualquier otra? Las partes de los metales preciosos utilizadas para fabricar joyas son refundidas sin pérdida y monetizadas cuando se desea. En suma, los metales preciosos tienen ese privilegio casi completo, y prácticamente único, de poder acumularse indefinidamente como los teoremas matemáticos que, una vez descubiertos, no cesan jamás de ser ciertos. Y compararía su verdad eterna con la utilidad cuasi-eterna de aquellos, si el valor del oro y de la plata no se alterara a la larga, muy lentamente, es verdad, contrastada con la de otros productos.

Pero, si los descubrimientos de metales preciosos dan cuenta de objetos casi imperecederos, ellos se agotan rápidamente y sus efectos se atenúan cada vez más. Su máximo de eficacia corresponde al momento en el que se revelan al público; mientras que el descubrimiento de la locomotora o del telégrafo eléctrico tiene consecuencias siempre expansivas. En este sentido, el descubrimiento de una mina de oro no puede ser comparado con el de una nueva isla. Si el descubrimiento de América no hubiese consistido más que en descubrir allí minas de oro o de plata, y si, sobre este nuevo continente, ningún vegetal ni animal hubiese podido vivir, los resultados del maravilloso viaje de Colón hubieran sido, a la larga, olvidados. No subsistiría más que en una marcada elevación de todos los precios, cosa de poca importancia en el fondo para una o dos generaciones. Por cierto, para quienes descubren una mina de oro, para el monarca que se beneficia de este trabajo o para los accionistas de la sociedad que la explota, este descubrimiento es asimilable al de una nueva isla, incluso es más ventajoso. Es como si ellos estuviesen apropiándose de un “El Dorado” desocupado y paradisíaco, sin necesidad de conquistar ni de

despejar para gozar de sus frutos espontáneos. Empero, para el resto de la humanidad, este beneficio que les cae del cielo se reduce a un estímulo para la producción, un impulso para la esperanza y el trabajo; mientras que una nueva tierra abierta a los exploradores aumenta la población humana, enriquece la fauna y la flora, ofrece a la imaginación nuevos espectáculos naturales que, diversificándola, la alegran y le agregan a la lira del corazón nuevas cuerdas, nuevas fibras patrióticas destinadas a vibrar en el gran concierto de una civilización extendida.

En cuanto a la moneda de papel, no es por sus descubrimientos, sino por las empresas gubernamentales y financieras, por las emisiones de títulos o billetes de banco, que se aumenta su cantidad.

En segundo lugar, no es más que de la misma manera que una tierra nuevamente conquistada y que una masa de oro nuevamente extraída, se distribuyen entre los individuos de una nación. Es para remunerar los servicios militares o políticos que las tierras conquistadas en todo el país son, en el comienzo, distribuidas en grandes dominios entre los oficiales de la conquista, entre los primeros concesionarios del Estado, si se trata de un gobierno moderno. Estos primeros *latifundia*, de los cuales un gran número, en la Galia romana, tenían la extensión de nuestras comunas actuales, herederas a menudo de su nombre¹², fueron divididos y subdivididos por cada propietario entre sus vasallos, entre sus siervos, entre sus granjeros; o bien, si ya existían las fuentes de dinero, por ejemplo en las villas industriales, entre los compradores, quienes cercaron o vendieron parcelas de su fragmento de bien. Poco a poco, se alcanza a la partición actual del suelo entre pequeños, medianos y grandes propietarios. Y, ciertamente, nada permitiría decir que la repartición del suelo nacional (o colonial) así operada, sea la mejor que puede imaginarse, desde el punto de vista del *máximum* y del *optimum* del rendimiento. Pero no hay más razones para pensar que la repartición del oro o de la plata extraídos sea la más conveniente, desde el punto de vista de la equidad o de la utilidad general. Aquí, a decir verdad, no se ve más que una distribución arbitraria e impuesta por la fuerza. Los primeros descubridores o acuñadores de metales preciosos los han repartido entre sus ciudadanos a través del intercambio libremente consentido. Sin embargo, las formas violentas de expoliación y las formas visibles del privilegio no son las más terribles; si el poder que confiere la posesión del oro es menos manifiesta y menos envidiada que el poder ligado a la posesión del suelo, presenta una naturaleza infinitamente más sutil y más eficaz, va mucho más lejos y más rápido, y actúa de forma invisible. ¡Cuánto abuso de este poder, cuántas exacciones e impunes rapiñas, inimputables, a decir verdad, ha dado lugar el monopolio de la tenencia del oro,

12 Los principales dominios otorgados por el Estado francés en Túnez pueden servir para apoyar la comparación extendida con estas *villas* antiguas.

entre sus primeros detractores! No sin motivo, la iglesia y la conciencia universal han censurado la usura.

Además, la repartición del suelo está ligada a la del oro y, desde que el poder del oro se ha visto acentuado, la primera devino dependiente de la segunda. A partir del momento en cual el capital inmobiliario hizo su aparición histórica, la compra o venta de bienes inmuebles devienen los modos habituales de repartir las tierras y la tierra va allí donde va el dinero.

Para preguntarnos entonces: ¿cuáles son los inconvenientes de la parcelación actual del suelo y cuáles serían sus remedios?, debemos preguntarnos primero: ¿cuáles son los inconvenientes y cuáles serían los remedios de la distribución actual del capital inmobiliario? Las dos preguntas son conexas y no pueden ser separadas. Como nos reservamos el tratamiento del colectivismo para más adelante, no lo estudiaremos ahora. Digamos simplemente que ellas competen a la política y a la moral en el más alto grado, antes que a la ciencia económica, y que la primera injusticia y la más indignante que se nos presenta a nuestros ojos, en materia de repartición del suelo o del oro, es de una naturaleza tal que parece prácticamente irremediable. La inequidad de las apropiaciones territoriales o monetarias es, en efecto, profunda entre los individuos; pero ella es más profunda aún y más monstruosa entre los Estados. Tal pueblo ocupa un inmenso territorio, fértil y semi-explotado, donde se expande a voluntad su insuficiente población; tal otro, se ahoga en estrechas fronteras, bajo un cielo riguroso, sobre un suelo ingrato. Tal pueblo desborda de capitales; tal otro, está completamente desprovisto. Parece entonces más difícil remediar esta gran y fundamental inequidad, esta soberana injusticia internacional, que lo que concierne al suelo y al clima. Puesto que, a través de la guerra, una nación brava y mal loteada en tierras, puede restablecer la justicia en su provecho, al expropiar parte de alguna nación vecina y más privilegiada. Pero el pueblo pobre tendrá poco éxito para pillar a su vecino rico en capitales, el oro encontrará miles de canales subterráneos para reingresar en las bolsas de las cuales salió. Me parece imposible impedir entre las naciones esta inicial y prodigiosamente inequitativa distribución de las riquezas. Y ¿no es esto, por lejos, la inequidad más injustificable? Es mucho más, seguramente, que todas las inequidades que se pretenden destruir entre los individuos de una misma nación.

VII

Pero dejemos allí ese problema y digamos una palabra acerca de los efectos psicológicos, así como de las consecuencias económicas y sociales de la moneda. De sus efectos psicológicos primero.

El advenimiento de la moneda ha enriquecido el corazón humano con nuevos sentimientos y nuevos vicios. Le debemos el orgullo financiero, la especial beatitud del millonario apoyada en su billetera, como el orgullo de un capitán se funda en su arma. Aquello que el guerrero antiguo dice a su lanza y escudo en un epigrama griego: “Gracias a ustedes, yo soy libre, tengo placeres sin fin, me hago servir por los esclavos”, el rico moderno puede decírselo a su caja fuerte. El culto del oro, esta pasión que tiene cierto componente religioso por su carácter vasto y vago, indeterminado e ilimitado, perspectivas de bonanza que su objeto le hace entrever, es una fibra importante del alma humana. El placer de economizar, de ganar dinero, es una embriaguez completamente especial que no tiene nada en común con la simple ventaja de recibir un bien determinado, una joya, un mueble, un libro. Una cosa es el placer de comer una buena fruta, otra cosa es la satisfacción íntima y profunda de sentir la salud fortalecida. Existe entre una y otra la diferencia entre lo actual y lo virtual, iba a decir entre lo *finito* y lo *infinito*. De la misma forma, la pena de saber que su banquero ha quebrado, que su notario ha cometido una falta que implica a vuestras economías –sentido dolor, durante varios años, por un número considerable de franceses– es una cosa completamente singular entre las aflicciones humanas y no se compara en nada a ellas. En la plenitud de la alegría sorda y constante que colma al corazón del avaro en proceso de enriquecimiento, el análisis descubriría una combinación única de elementos vinculados a la alegría del amante que siente su esperanza engrandecerse, a aquella del ambicioso que llega al poder, a aquella del creyente que confía en el cielo. No sin razón los antiguos dejaban sus tesoros en los templos, fueron éstos los primeros bancos de depósito. El oro es una religión lamentablemente eterna.

Y, en consecuencia, le debemos a la moneda también este amor místico por la pobreza que anima el alma de un San Francisco de Asís. Este amor paradójico, este desafío lanzado al desprecio general de la pobreza, otro sentimiento especial y lamentablemente tan expandido, ha nacido de la moneda, no ha podido nacer más que en una sociedad capitalista, como aquella de las ciudades italianas de la Edad Media. Bajo otra forma, más reciente y más contagiosa, se produce la reacción contra el culto del oro: el odio al capitalista, esta inspiración violenta de Karl Marx y su escuela, pasión que, en este momento, conmueve al mundo.

Pero ¿es necesario insistir para mostrar a qué profundidad el alma humana ha sido labrada por los metales preciosos? No hay ni tragedia ni comedia que agote esta materia. Hablemos mejor de las consecuencias sociales de la moneda. El transporte de la fuerza por la electricidad no es nada en comparación con los servicios que ha rendido a los hombres, y que aún está destinado a rendir, el transporte del valor, por la moneda metálica primero, fiduciaria luego. La moneda ha hecho indefinidamente conservables los valores esencialmente pasajeros; ha hecho movilizables a

distancias cada vez más grandes, y con una facilidad creciente, los valores hasta entonces localizados; ha hecho, por lo tanto, susceptibles de acumulación y de concentración indefinidas las utilidades sucesivas y dispersas. Ante todo, ha hecho comparables las cosas heterogéneas, ha hecho evaluables y numerables las cosas que no tenían medida común. Por esta comparabilidad, por esta mensurabilidad cada vez más generalizada, universalizada, somete al cálculo y al razonamiento aquello que era antes que ella “asunto de gusto”, otorga una base en apariencia racional a las decisiones voluntarias por las cuales ciertos bienes son sacrificados por otros y parece justificar de esta forma las invasiones sucesivas de la razón calculadora sobre el corazón costumbrista y conservador.

Sólo ella ha permitido viajar con facilidad, sin peligro, sin escolta. Antes que ella, quien decía viajero, decía peregrino o exiliado; y el peregrinaje era visto como una penitencia, como el exilio era visto, con razón, como el más cruel de los castigos. Toda la apertura del pensamiento, toda la ampliación de la imaginación y del alma que permiten los viajes, se la debemos a la moneda. Podemos, incluso, agregar que ella ha sido un gran agente de emancipación. Cada paso del esclavo hacia la independencia estuvo marcado por una conversión de sus regalías en suma fija, por el declive de la aparcería antes del desarrollo del arrendamiento agrícola. La evaluación de regalías diversas en dinero hizo percibir entre ellas desigualdades, injusticias que, en otro tiempo, no podían aparecer. Ella convirtió a esas regalías, por más heterogéneas que pudiesen ser, en comparables entre sí en una vasta región, en toda la región en la que circulaba la moneda en cuestión, y volvió, en consecuencia, solidarios entre sí, estrechamente unidos por un lazo, a partir de ahora, sentido, a los deudores de tales rentas. Transforma también, sin mostrarlo, la naturaleza de la relación establecida por estas regalías entre el señor y el encargado, que devienen sencillamente un acreedor y un deudor. Un pago en especie difiere tanto de un pago en dinero como un regalo en especie de un regalo en dinero. El pago en especie es un lazo personal, de hombre a hombre; simboliza y completa el tributo; al igual que un regalo en especie es un homenaje afectuoso, un tributo cordial. Pero un pago en dinero, es una cosa impersonal, seca y fría.

Señalemos, por cierto, que esta sustitución de los pagos en especie a los pagos en dinero se ha cumplido por grados, poco a poco, de *arriba hacia abajo*, conforme las leyes generales de la descendencia de los ejemplos. Se ha producido en Inglaterra, según Ashley, en el dominio real mucho tiempo antes de extenderse a los dominios señoriales, luego a todo el reino. Desde el siglo XII, el rey, en su dominio, se hacía pagar en dinero la mayor parte de las regalías, a causa de la dificultad de transportar en carretas hasta él las regalías en especie, y también para entretener y soldar sus tropas. Pero es recién en el siglo XV que se ve a los señores ingleses arrendar sus

tierras. Sólo cuando el gusto por el lujo, por los productos extranjeros, no indígenas, siguiendo el ejemplo de las cortes reales, alcanzó a los caballeros, la necesidad de ser pagados en moneda se hizo vivamente presente en ellos. Una clase de comerciantes no hubiese podido comenzar a formarse si no fuese por los usos de las clases altas y la satisfacción de sus fantasías lujosas¹³.

Este pasaje de los pagos en especie a los pagos en dinero es irreversible, puesto que es un corolario de la ley fundamental del mundo social, la radiación de los ejemplos. Es inevitable, a medida que los hombres se imitan y se asimilan, que las cosas humanas se comparen y se evalúen. La evolución económica de las diversas formas de la moneda no está menos orientada en un mismo sentido general. De la moneda en especie (es decir, del mármol o del tabaco, o de cualquier otro artículo elegido como medio de intercambio), se pasa a la moneda en metal, luego a la letra de cambio o al billete a la orden, con posterioridad al billete al portador –otra forma de decir, al billete del banco, de cotización libre o forzada. Por la misma razón lógica que obliga a la evolución psicológica a pasar de la sensación a la imagen, de la imagen a la idea y a la idea cada vez más abstracta y general, concentrada y movilizable. Esto no quiere decir, por cierto, que esta serie de fases sea única y unilineal. Existen diversas variantes y no sin importancia. El punto de partida es múltiple, en todo caso. En el mundo clásico, la moneda ha precedido al *ganado* (*pecus, pecunia*). En el Lejano Oriente, en Persia, ella derivó de las armas, cuchillos o cimitarras. La antigua moneda de Indochina, por ejemplo, comenzó siendo una moneda de bronce en forma de cuchillo unido de un anillo para enhebrarla. Poco a poco el anillo se engrosó y el filo desapareció. Estos cuchillos monetarios tuvieron ciertamente, en el origen, cuchillos o dagas reales. Las primitivas monedas persas tenían la forma de cimitarras. En África y alrededores, este empleo de las armas como medio de intercambio se expandió. Conforme a aquello que acabamos de decir acerca de la necesidad de tener por moneda una cosa que sea objeto de un deseo constante y universal. Esta condición se realiza ya sea por las joyas, ya sea por las armas, ya sea por el ganado, según las épocas o las regiones¹⁴.

13 “Las mercancías que el comerciante, siguiendo su propia descripción, llevaba consigo, parecen ser todos artículos de lujo, de los cuales la necesidad se hace sentir solamente en las clases altas...el paño púrpura, las piedras preciosas...etc.” (Ashley).

14 He dicho con anterioridad que las joyas entre los salvajes, tan vanidosos como se sabe, podrían haber sido la primera moneda. Y esta hipótesis parece confirmarse por el uso industrial de nuestros metales preciosos, un empleo principal, casi exclusivamente, decorativo, para el uso de los joyeros. Pero ¿no podríamos decir de forma inversa y complementaria que el papel decorativo del oro y de la plata les viene menos de sus características químicas y de su brillo que de su prestigio que los liga a su rol monetario? Si el hierro fuese todavía moneda, como lo era en tiempos de Homero, las incrustaciones de hierro serían un ornamento buscado. La vista de hierro, en una decoración de departamento, despertaría la idea de riqueza. Los objetos de níquel no son objetos de lujo, aunque este metal sea tan brillante como la plata. Cuando la plata deje de ser acuñada, para lo que no falta mucho, perderá poco a poco todos los encantos que todavía se le reconocen como medio de decoración.

Se ha alegado que esta evolución económica del intercambio nos conduciría, llevada a fondo, al trueque primitivo, que sería a la vez, el alfa y el omega. Aquello que dio lugar a esta visión errónea, fueron las *cámaras de compensación* (las *Clearing-house*), gracias a las cuales inmensas operaciones financieras son saldadas con un mínimo desplazamiento monetario por el simple intercambio de fajos de papel comercial. Lamento ver a Gide, normalmente tan penetrante, acogiendo la metáfora ilusoria de la *espiral* de la cual los sociólogos han abusado tanto. En realidad, este trueque de valores de papel por otros valores de papel —es decir, de posibilidades indefinidas de riquezas por otras posibilidades indefinidas de riquezas—, difiere tanto del trueque primitivo, del trueque de un animal de caza por una fruta o una vasija de bronce por una cautiva, como las proposiciones verbales de un metafísico difieren de los juicios de localización instintivamente formados por un animal o por un hombre que percibe un árbol o una roca. Poco importa, en efecto, que el progreso del comercio nos conduzca a remover inmensas sumas desplazando algunas piezas de oro: esto no es menos moneda siempre que se trate de cheques y de billetes trocados los unos con los otros; y, por ellos, la moneda consuma su triunfo final, su obra a la vez gigantesca y terrible, maravillosa y desastrosa, que consiste en tornar a todo evaluable para hacerlo a todo venal, nivelar a todo bajo su regla para someterlo a su juego.

VIII

He hablado de sus beneficios ¿qué podría decir de sus males? Ella ha permitido el surgimiento de los ejércitos permanentes, ha creado un despotismo de nuevo tiempo, administrativo y centralizador, insidioso y avasallador. Antes de ella, antes de su reino, el mundo ha visto democracias que llamaría *terrenales*, tal como la Roma primitiva. Después de ella, las democracias se han convertido casi fatalmente en plutocráticas. Yo diría que ella ha sido emancipadora. Sí, en ciertos aspectos. Pero es más cierto decir que ella ha sustituido al sentido antiguo, profundo, profundamente humano, de la idea de libertad, por un sentido completamente nuevo, más superficial puede ser y más artificial, más fácilmente generalizable en consecuencia. La verdadera libertad, en la primera acepción de la palabra, es la independencia, fundada, sino sobre la supresión de todo deseo (cosa imposible, admirable absurdo del estoicismo), al menos sobre la reducción del deseo a un conjunto estrecho de necesidades simples y fuertes que sólo satisfacen, pero satisfacen plenamente, la propiedad de una parte de la tierra. Es la *libertad terrenal*, de la cual el patriarcado antiguo ha proporcionado el modelo, reproducida luego por los primeros colonos de América. Extendida a la villa, al burgo, este modelo se realiza en el feudo fran-

cés, en el antiguo territorio solariego inglés, cuyo carácter propio era bastarse a sí mismo, no había nada para comprar o vender por fuera.

El dinero ha quebrado todos estos muros de clausura del deseo, persigue por todas partes los primeros vestigios de esta salvaje independencia rústica y cuasi estoica que es la desmentida de sus pretensiones, el escollo de sus ambiciones, y que busca sin cesar reformarse, justo en plena era moderna, en el alma de un *Rousseau* o de un *Tolstoi*. ¿Quién nacerá de ese duelo? Lo ignoro. Por el momento, es claro que el ideal económico de liberación propia de las sociedades modernas –y sobre este punto economistas de distintas escuelas, incluidos los socialistas, están de acuerdo– es precisamente lo contrario del ideal estoico. En lugar de apuntar como Zenón, a la emancipación por destrucción del deseo, los civilizados de hoy tienden a emanciparse, creen ellos, por la complicación infinita de los deseos y la solidaridad cada vez más íntima de los individuos que no pueden más que pasarse los unos a los otros o, sobre todo, de los cuales unos, ricos en moneda, se hacen servir por los otros, en un radio cada vez más extendido, que se prolonga hasta los límites del globo. Cuando los hombres se apartan del ideal de la libertad terrenal, no les queda más que correrse al extremo opuesto, al ideal de la *libertad monetaria*, aquella del financiero cosmopolita que, motorizado en coches-cama, constituye domicilio, viaje a viaje, en todos los grandes hoteles y bellas cabañas de alquiler del universo entero. Y, fascinados por el ejemplo de estos brillantes nómades, se modelan, en la medida de sus posibilidades, todas las clases del pueblo, una seguida de la otra, rompiendo la cadena de la antigua alegría, de la simplicidad sedentaria del campo natal, para ingresar, a su turno, en la vía de esta frenética locomoción, de este furor de navegación hacia un puerto imaginario.

¿Acaso esta fiebre no dejará jamás de aumentar? ¿Es que se la tomará siempre, de buena fe, como el mejor índice del progreso, incluso el grado de esta inestabilidad, de esta inequidad que deviene mórbida? Realmente espero que no. Pero ¿qué sentido tiene anticiparse al futuro? Constatamos la lenta y profunda transformación que el advenimiento del oro ha hecho no sólo en la noción de libertad, sino también en aquella del derecho. Cournot ha mostrado bien, en un capítulo de su *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales*¹⁵, la metamorfosis (o, para decirlo mejor, la metempsicosis) de la noción de derecho cuando ella pasa de la boca del jurista, sobre todo del jurista antiguo, a la del economista. La era propiamente económica se abre para las sociedades cuando el sentimiento de derecho, aquel que reemplaza a la figura de un *paterfamilia* o de un feudal, se liga a sus fuentes y tiende a ser

15 Nota de Trad.: Cournot, A. (1861) *Traité sur l'enchaînement des idées fondamentales*. Paris: L'Hachette. Existe edición en español: *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1946.

reemplazado por una concepción completamente racional, que tiene infinitamente menos agarre en el corazón. Sin embargo, aquello que caracteriza más netamente al derecho, tal como lo entiende el jurista, es ser ante todo un *derecho terrenal*: y no quisiera hablar únicamente del régimen jurídico de los bienes, sino del régimen de las personas e, incluso, del derecho penal. Aquello que da el tono a todas estas partes del derecho antiguo es la relación del hombre con la tierra –con una tierra que le pertenece, a él individualmente o a él y a los suyos colectivamente–, una tierra que, ante todo, quiere, donde descansan todos sus recuerdos, donde sus esperanzas germinan y crecen. Todos los derechos antiguos reposan sobre una costumbre, que supone la ligazón hereditaria de muchas generaciones con un mismo suelo. Todos los derechos antiguos tuvieron que tratar con la disputa de un mismo suelo por hombres de una misma raza, con el trabajo de ese suelo, con la herencia de ese suelo, con la jerarquía de personas que parecían exigir el cultivo de ese suelo o su defensa, con la expiación de los crímenes cometidos contra los dioses protectores de ese suelo o contra los detentores de los frutos del suelo. El robo y el sacrilegio eran entonces reputados más criminales que el asesinato. Pero, mientras que el antiguo jurista, incluso el moderno, estaba preocupado por las relaciones, las adaptaciones de los hombres a su tierra, el economista está dominado por la preocupación mayor de las relaciones de los individuos con el dinero: precios, salarios, beneficios, renta, capital, he aquí las palabras en torno a las cuales pivotan todas las especulaciones. Si el derecho antiguo, el derecho jurídico por así decirlo, es un derecho terrenal, el nuevo derecho es un *derecho monetario*.

La ventaja, la inmensa ventaja de esta transformación es haber contribuido a echar por tierra el antiguo carácter exclusivo de la ciudad y, más tarde, del feudo, aquel proteccionismo feroz que limitaba a los muros de la ciudad o del burgo el estrecho jardín moral reservado a las obligaciones sentidas como tales, al intercambio de deberes y afectos. Esta expansión gradual del dominio moral que, poco a poco, tiende a abarcar al globo entero, es el beneficio más claro de la civilización y es el reino de la moneda; es bajo el impulso de la simpatía imitativa actuante sin cesar que este progreso inapreciable se completa. Pero, desde nuestro punto de vista, sería más costoso si tuviese por efecto el desprendimiento completo del hombre de la tierra, de *su* tierra, y el relego a las catacumbas del corazón humano de aquellos viejos sentimientos enraizados con los cuales él ha vivido hasta entonces. Puesto que la unión del hombre con la tierra, al igual que la unión del hombre con la mujer, con la cual puede compararse sin faltar el respeto al amor, es, de todas las armonías naturales, la más plena y la más profunda y no se le puede reprochar, como al amor, el estar cerrado sobre sí mismo, egoísmo de a dos, sociabilidad incompleta. Sin embargo, ¿podría *abrirse* sin quebrarse? Y ¿no es acaso para resolver este problema que trabajará el futuro? La plutocracia reinante no podría servir más que para pre-

parar y conducir los tiempos de una vasta democracia rural donde, por una mejor y más equitativa repartición de las tierras, ya no por nacionalización o internalización quimérica del suelo, los deseos más caros del hombre serían compensados; en los que el paisano ya no sería el único amante de la tierra, sino que el letrado, el sabio, el intelectual, encontrarían más encanto en podar su viña que en llevar la vida de oficina; se vaciarían las grandes ciudades y se repoblarían los campos porque se percibiría que la concentración urbana de la población, debido a la persecución fervorosa del oro, ha perdido su razón de ser cuando la inseguridad del entorno ya no fuerza a los hombres a abandonar sus campos... ¿Ya alguna anticipación de la imagen de esta felicidad no nos es dada por el espectáculo de los pequeños países, Suiza o Noruega, donde la paz social sería completa, si la cercanía con nuestros problemas no la alterara a menudo? Se utilizará siempre entonces la moneda, se reconocerán sus servicios, se los extenderá incluso; pero ya no seremos engañados por su magia propia, por sus especiales ilusiones, de las cuales nuestra era ha sido abusada. El oro tiene un falso aire liberador, puesto que sustituye a las servidumbres visibles y precisas que crea la tierra por servidumbres imperceptibles, invisibles, esquivas, infinitas, disimuladas por su propia complicación y su apariencia de reciprocidad, tan a menudo tramposa. El oro tiene un falso aire igualitario; no es nivelador, y las inequidades que profundiza, que pasan desapercibidas también son completamente profundas e injustificables tanto como las inequidades de naturaleza terrenal, que saltan a la vista.

La tierra y el oro son las dos grandes atracciones, a la vez opuestas y complementarias, del deseo humano. Éste oscila entre las dos, es solicitado por las dos; y este dilema, a veces doloroso, a veces sangriento, que se le impone, consiste, en el fondo, en optar entre las dos caras de las cosas, el costado de las diversidades, de las originalidades sin medida y sin precio, de lo pintoresco local y nacional, del encanto y el genio propio de una institución, de un pueblo, de un país y el costado de las similitudes, de las uniformidades, de la utilidad banal, venal, internacional, sin carácter. Existen diversidades necesarias como existen libertades necesarias, a las cuales ellas están ligadas; pero el oro no lo toma en cuenta y toda la era monetaria las desconoce. El oro es el enemigo sordo de la idea de patria. Si, hace mucho tiempo, pareció ayudarla y favorecerla; si, permitiendo a las diversas provincias de un mismo imperio comerciar en conjunto, dilató aquel patriotismo estrecho de las primeras ciudades hasta el patriotismo de los grandes Estados modernos, no extendió ese sentimiento más que para hacerlo mermar. Y, en el presente, ¿no es claro que se extiende por todas partes para demolerlo, como a un viejo muro en ruinas que resulta incómodo para la circulación general? El amor a la patria, la *tellus patria*, que tiene su magia seductora, su valor trascendente, sagrado y sin precio, con todo aquello que emana de ella, es el gran obstáculo a las supremas empresas del oro

que osan por fin declararse. La lucha está abierta. Se trata de saber si el reino del oro, padre del cosmopolitismo, conquistará este triunfo final, el arrancar de raíz a los hombres de su patria.

IX

No lograré, espero, más que desarmar los patriotismos, ampliarlos aún más, suavizarlos sin debilitarlos. Por otra parte, no tengo ningún prurito en ver a la moneda perseguir el curso de su evolución del cual no me resta más que indicar la ley principal. Esta ley, que se ajusta a aquella de la lengua, de la religión, de todas las instituciones sociales, es el pasaje continuo de una era de monedas múltiples, teniendo cada una estrecha esfera de circulación, a una era de monedas menos numerosas, pero más expandidas. En otros términos, es la disminución gradual del número de las monedas en curso, pero el crecimiento gradual del dominio propio de las monedas que sobreviven. Es así que las lenguas devienen cada vez menos numerosas, pero más expandidas.

Sin tener la misma importancia que la unificación de las lenguas en una región dada, la unificación de las monedas –así como aquella de los pesos y las medidas– concurre notablemente a colaborar con la acción inter-espiritual. Y, cuando ella se limita a suprimir los obstáculos que se le oponen a la formación o al renacimiento de un patriotismo nacional –como es el caso para Alemania en el trascurso del siglo–, los hombres se prestan con bastante facilidad. Pero cuando ella hiere las fronteras de las naciones que pretende franquear, no es sin vivas resistencias que debe operar. El apego de los hombres, incluso de los más innovadores, a sus viejas monedas, a sus viejas medidas, no importa lo arbitrarias que sean, es muy digno de remarcar. Puesto que nos revela, por una analogía a *fortiori*, las tenacidades humanas que habría que vencer si se emprende el combate, decididamente, del apego de los individuos a los hábitos queridos de un modo muy diferente, enraizados de modo muy diferente. Incluso en los Estados Unidos –¿podríamos creerlo?– se apasionaron, hace algunos años, por el “dólar de sus ancestros” y volvieron a él¹⁶. He aquí lo que es más fuerte quizás: a pesar de nuestro capricho con el sistema decimal, en Indochina hemos sido obligados a tomar, luego de muchas tentativas infructuosas

16 *La monnaie*, por Arnauné (Alcan, 1898) Nota de trad.: Arnauné, A. (1894). *La monnaie, le crédit et le change*. París: Félix Alcan.

para introducir allí nuestro sistema monetario, las piastras y los sapeques¹⁷.

La moneda abarca a la vez a la joya, al amuleto y a la medalla. Acredita esa necesidad estética que se mezcla con las preocupaciones más utilitarias. Se podría haber hecho en todos lados, como en Indochina, el marcado sobre las monedas el peso del metal. Pero ésta no sería más que una excepción después de la invención de la moneda acuñada y allí dónde la circulación es poco activa. Desde que una nación se enriquece y que su comercio se desarrolla, las monedas devienen objetos de arte. Sin embargo, este carácter artístico sólo es sentido cuando las monedas envejecen, pasan de moda, se enrarecen. Las viejas monedas tienen para los coleccionistas un encanto indecible, inexplicable. Encanto que actúa incluso sobre los profanos. Uno de los inconvenientes más lamentables –inevitable, por otra parte– de la refundición de las monedas y su unificación, es la desaparición gradual de viejas monedas, la pérdida del encanto ligado a su carácter vetusto y a su diversidad característica. Diría que esta pérdida es compensada por el progreso de la acuñación, pero, por desgracia, la acuñación deviene más fría, más regular y mecánicamente uniforme. Las viejas monedas, acuñadas torpemente, con errores, tenían un aire de obras hechas a mano. ¿Quién sabe si el placer de coleccionar estas monedas antiguas, diferentes en su tipo, no entraría por alguna cosa –por muy poco, lo temo– en la pasión férrea del coleccionista de otro tiempo? Harpagon, no lo dudamos, era un numismático sin saberlo. Coleccionaba medallas creyendo no amontonar más que libras tornesas o libras parisis. Sin duda, en nuestros días, existiría menos placer en amontonar las monedas de 20 francos todas con la efigie de la República francesa o de Napoleón III.

Pero, a pesar de lo bellas y queridas que puedan ser, las monedas arcaicas están irrevocablemente condenadas a perecer como los viejos dialectos tan deliciosos que balbucean los últimos paisanos en el fondo de los bosques, en el corazón de

17 Los atenienses podrían haber sido innovadores e incluso revolucionarios por temperamento, pero sintieron la necesidad, bajo una buena cantidad de relaciones esenciales, y especialmente en todo aquello relacionado con el culto, de ser excesivamente conservadores. Lo fueron también en lo que respecta a sus monedas. No sólo no cambiaron nunca el tipo, sino que el búho estaba siempre allí. Al menos después de Pisistratus que fue quien agregó al lado derecho la cara de Minerva. “el estilo y la forma de representar este doble tipo se mantuvo hasta la época de Alejandro, el arte ateniense (monetario) permaneció estacionario “. Es curioso ver a los atenienses en este punto y en muchos otros, tan tradicionalistas como los egipcios, tan respetuosos de las formas hieráticas. Cuando una ciudad antigua, luego de una revolución, de una conquista, se veía obligada a cambiar el tipo de sus monedas, *el antiguo tipo persistía en el nuevo bajo una forma reducida*, a título de órgano rudimentario de algún modo (Leormant, p. 108). Todas las monedas antiguas testimonian, por sus figuras y emblemas, el carácter profundamente religioso de la vida antigua. Aquello que Leormant dice a propósito de los medallones contorneados (p.189), a saber: que la efigie de Alejandro el Grande que figuraba en las monedas destinadas a los cocheros del circo, era vista como un amuleto que podía ser generalizado. Los antiguos, tan supersticiosos, ligaban cada cosa con un augurio bueno o malo y era infinitamente probable que sus monedas también fuesen vistas como especies de talismanes cuando representaban sus divinidades tutelares. Toda moneda era medalla para ellos, en la acepción piadosa de la palabra medalla, que no es para nada sinónimo de amuleto para las mujeres y los niños.

los montes, en los países maravillosamente retrasados. Si las monedas nacionales resisten aun a la invasión del numerario extranjero ¿resistirán para siempre? Las lenguas nacionales son muy resistentes y tenaces y, sin embargo, ceden a veces a la inundación de un idioma conquistador. Una moneda nacional, como una lengua nacional, cuando cuenta con un dominio suficientemente extendido como para expandirse a todas las necesidades de intercambio económico o del intercambio mental puede, al mismo tiempo, facilitar las relaciones entre los nacionales y obstaculizar aquellas con el extranjero. En tanto que ella facilita las primeras, obedece a esta gran ley de la amplificación creciente que, como habíamos dicho, domina el mundo social; pero, en tanto que obstaculiza las segundas, no es más que la contracara de esta ley y, como tal, ¿no debería ser llevada algún día por este torrente fatal? ¿Acaso no es esencial a la idea de moneda y a la idea de lengua, que la lengua pueda ser expresable y que la moneda pueda ser intercambiable? Y ¿esto no supone, finalmente, una moneda, una lengua, sino única al menos universal?

Siempre la ansiosa pregunta por saber si las naciones continuarán o no existiendo. Tal continuidad depende de la manera en la cual se opere la pacificación final, puesto que es inevitable que ella se opere algún día. Si se alcanza por la vía federativa, las patrias subsistirán, y la internacional no triunfará más que a condición de respetar todas las cosas nacionales, incluso las monedas, excepto que se les superponga una moneda internacional. Si se lleva a cabo por la vía imperial, por la vía del pasado, toda nacionalidad perecerá, incluso aquella del vencedor, “sepultada en su triunfo”. Y el mismo nivel lingüístico, político, científico, monetario, achatará al globo. No me atrevería a predecir cuál de estos dos desenlaces de la historia tiene mayores chances de realizarse. La evolución de la humanidad es como un río en delta, puede tener muchas desembocaduras.

X

A la moneda se ligan muchos problemas secundarios que los economistas han agitado, leyes que ellos han formulado. Indiquemos algunas de estas cuestiones. Se conoce la ley de Gresham, según la cual “la mala moneda expulsa a la buena”. Pero ella no ocurre sin excepciones, incluso en nuestros días. En los Estados Unidos, la moneda de plata, aunque depreciada, no expulsó en absoluto al oro, del cual la masa ha ido en aumento en la circulación del país. En el pasado, no parece que esta ley haya alcanzado un día a los fenómenos relativos al concurso de las monedas reales y las monedas señoriales, todas similarmente alteradas. Aparentemente no lo creeríamos, pero si las monedas de los reyes terminaron por sustituir a aquellas de

los señores, fue porque los monarcas eran acuñadores más falsos que sus grandes vasallos. Estas falsas monedas monárquicas de las cuales los pueblos se enorgullecían durante siglos, como, en general, de todas las mentiras convencionales de las cuales vive el mundo, actuaron contra la verdad cuando fueron puestas en circulación por autoridades respetadas. Este capítulo de la alteración de las monedas sería una curiosa página para adjuntar a la historia de las transformaciones de la mentira. Los procedimientos cambian, el fondo queda. No se altera más el peso de las monedas ni su título, pero el papel moneda de curso forzado las ha reemplazado con ventaja. “El papel de curso forzado es la falsa moneda de los gobiernos modernos”, dice Arnauné.

Nos preguntamos cuáles son las causas que, en una sociedad dada, hacen variar la cantidad de numerario necesario para todos los pagos. Esta cuestión ha sido estudiada por un eminente geómetra, Joseph Bertrand, con una precisión notable¹⁸. Suponiendo una nación insular y cerrada en la que es habitual efectuar todos los pagos el primero de cada mes, se evidencia que, dado que cada caja deberá provisionarse en consecuencia, la cantidad de numerario indispensable será al menos igual a la duodécima parte de la cifra total de los pagos anuales. Pero, si todas las cajas, aunque continúen pagando un día por mes, establecen días de pago diferentes, la cantidad de numerario exigido será menor; sería considerablemente disminuido si se estableciese el uso de pagar todos los días. Dicho de otra forma, la aceleración del movimiento de la moneda, el número creciente de sus cambios de mano, equivalen al crecimiento de su cantidad. Todo depende entonces de los usos, los cuales, a su vez, dependen de ciertas iniciativas imitadas, cuya imitación depende del crédito; es decir, de la confianza más o menos importante que los hombres en relación de negociación tienen entre sí.

Otro problema ha sido estudiado por el pensador ya citado: aquel de saber si con una repentina duplicación de la cantidad de numerario en una nación ocurriría una disminución a la mitad de todos los precios. Bertrand muestra muy bien que este resultado no es ni cierto, ni probable, y que, más certeramente, esta inyección monetaria desataría sobre todo una sobreexcitación de la producción. “La previsión, acrecentada por el buen vivir, aumentará la reserva de cada uno”. Muchos economistas presentan el mismo punto de vista y nosotros lo hemos señalado con anterioridad, los fenómenos económicos observados después de los descubrimientos de yacimientos de oro o plata les dan plenamente la razón. La experiencia y el cálculo están aquí de acuerdo *a priori*. Es una cosa remarcable esta sobreexcitación de la actividad productiva que tiene lugar por el simple hecho del descubrimiento de un filón de oro. Si, en lugar de descubrir una mina de oro, se hubiese descubierto

18 *Revue des Deux-mondes*, 1ºseptiembre 1881.

un yacimiento de guano de igual valor, suficiente para abonar todas las tierras y aumentar prodigiosamente todas las cosechas, ¿acaso la nación no se hubiese enriquecido, a fin de cuentas, del mismo modo que por la extracción de los lingotes?

A partir de esta consideración se le responde implícitamente a un problema más general que los economistas han tratado, aquel de saber si la moneda, en tanto que moneda, es una riqueza ella misma o, como tal, no es más que un sustituto de las riquezas. Incluso cuando ella consistiera en metales impropios, de todo otro tipo de uso que aquel vinculado a completar su función monetaria, merecería ser *agregada* al número de riquezas verdaderas; es decir, de los objetos *juzgados* para satisfacer los *deseos*. ¿Cómo una simple entidad podría jugar el fecundo rol que todo el mundo es forzado a reconocerle? ¿No es ella misma el objeto de los deseos distintivos y no inspira acaso una profunda fe en su eficacia para satisfacer una infinidad de otros deseos? Pero esto que decimos de la moneda metálica, hay que decirlo también, y por la misma razón, de la moneda fiduciaria, incluso de los billetes de comercio que circulan un tiempo de mano en mano, moneda pasajera y restringida. Si fuera cierto, bien dice Macleod, que un pagaré carece de valor hasta su pago, se seguiría que el dinero tampoco tiene valor hasta que se compra algo y que no tiene un valor distinto al de aquellas mercancías. Con razón, esta observación es aplicable a los billetes de Banco.

Los billetes de banco existen como las palabras. Las palabras comienzan teniendo el aire de ser un simple signo y un simple sustituto de las imágenes, pasan por equivalentes de las sensaciones que resucitan vaga e ilusoriamente en nosotros. Pero no es menos cierto que nos equivocaríamos mucho si no viésemos en el fondo de las ideas realidad y en el fondo de las imágenes, sensaciones, desconociendo así el hecho evidente de que están allí los elementos psicológicos distintivos de los cuales el espíritu se enriquece a cada paso que da. La palabra, la idea, pronto aparece como algo autónomo que ya no pensamos en intercambiar por imágenes de las cuales ella es la combinación. El billete de banco también comienza presentándose como un simple sustituto de especies metálicas por las cuales, a cada instante, se sabe o se cree que podría ser intercambiado. Pero no tarda en revelar que tiene un valor propio, independiente de aquellas, al igual que las especies metálicas son tan a menudo y tan universalmente deseadas, en parte, por sí mismas. El mismo trabajo de lógica mental y de acción intermental que ha provocado la evolución intelectual de donde surgió la palabra, la palabra cada vez más abstracta, encarnando una idea cada vez más general, produjo la evolución económica de donde resultó la moneda de papel.

Por lo tanto, es un error que los economistas busquen edificar su ciencia sobre fundamentos completamente objetivos, que tengan una predilección por la cuestión

de la moneda y de las finanzas, donde su sueño, a primera vista, parece realizarse. De hecho, nada como los fenómenos financieros para poner de relieve aquello que hay de esencialmente subjetivo en las cosas económicas. Por ejemplo, si las causas de la variación de los valores de la Bolsa fuesen objetivos ¿cómo explicar el desmoronamiento o la depresión de todas las cotizaciones que tiene lugar cuando una catástrofe o un evento fallido cualquiera afecta a uno solo de esos títulos, pero precisamente a uno de aquellos que dan el tono a los otros, una renta de Estado especialmente? Parece que la baja debería limitarse estrictamente a ese título y que los otros, lejos de seguirlo en su caída, deberían, por el contrario, ser realzados en comparación. Pero esto no ocurre. ¿Por qué? Porque se trata de un fenómeno de psicología y, sobre todo, de psicología inter-espiritual. Cuando un acontecimiento feliz ocurre, en una circunstancia particular, vemos enseguida todo en color rosa, nos inclinamos a esperar, a confiar en todo; mientras que, cuando una desgracia particular nos golpea, un desánimo general tiende a agobiarnos. Y esta disposición optimista o pesimista, la comunicamos sin quererlo a nuestro entorno, ella emana de nosotros para impresionar a nuestros vecinos, a nuestros colegas, haciendo de ellos nuestros rivales que, sin tener en absoluto las mismas razones que nosotros para desanimarse o tener confianza, reflejan nuestro color psicológico a su turno. Los palacios de la Bolsa son así, aunque no parezcan, laboratorios continuamente activos, de psicología colectiva.

Restaría, en fin, hablar de la *circulación* de la moneda y de sus relaciones entre este *ciclo monetario* y el *ciclo de las necesidades* o aquel de *los trabajos*, de los cuales se ha hablado más arriba. Pero esta cuestión será más útilmente discutida a propósito del *capital*, tema vinculado íntimamente con la moneda, y del cual vamos a ocuparnos en lo que sigue.